

## AMBIENTE ESPIRITUAL DEL 900

por

CARLOS REAL DE AZÚA

En: *Ambiente espiritual del 900 – Carlos Roxlo: un nacionalismo popular*. Montevideo, Arca, 1984, p. 9-31. (Biblioteca del autor nacional ; 2)

### NOTA DE LOS EDITORES:

*Ambiente espiritual del 900, que constituye un estudio magistral y penetrante sobre el período, apareció por primera vez en la revista Número (Montevideo, año 2, n° 6-7-8, enero-junio de 1950), en un volumen especial y colectivo dedicado a la literatura uruguaya del 900. Circuló, asimismo, como separata, en una edición restringida fuera de comercio.*

### EL CUADRO

En una provisoria aproximación, podría ordenarse escenográficamente el medio intelectual novecentista hispanoamericano. Colocaríamos, como telón, al fondo, lo romántico, lo tradicional y lo burgués. El positivismo, en todas sus modalidades, dispondríase en un plano intermedio, muy visible sobre el anterior, pero sin dibujar y recortar sus contornos con una última nitidez. Y más adelante, una primera línea de influencias renovadoras, de corrientes, de nombres, sobresaliendo los de Nietzsche, Le Bon, Kropotkin, France, Tolstoy, Stirner, Schopenhauer, Ferri, Renán, Guyau, Fouillée...

Tal ordenación indica, naturalmente, que no creo que pueda hablarse de una "ideología del 900", sino, y sólo, de un ambiente intelectual caracterizado, como pocos, en la vida de la cultura, por el signo de lo controversial y lo caótico. Por ello, el esquema que intento aquí tiene un mero fin de claridad; quisiera ser aguja de navegar diversidades y no la artificiosa construcción de un corte realizado en la historia. Hacerlo, valdría desconocer que hay una temporalidad de las ideas muy distinta de la de las cosas, y que no cabe ensamblar, en un mismo panorama, con una entidad común, igualmente colacionadas, la muy diferente vitalidad de lo retardado, de lo germinal, de lo vigente y de lo minoritario.

No aparecen tampoco muy impositivamente los límites cronológicos que permitan acotar un coherente período. Los anuncios de la crisis de las convicciones dominantes en Hispanoamérica durante la segunda mitad del siglo pasado se escalonan copiosamente a lo largo de su última década. Desde nuestra perspectiva uruguaya, sería un inicio significativo la aparición de *El que vendrá*, de José Enrique Rodó, en junio de 1896. Sus páginas, angustiadas y grávidas, eran síntoma insoslayable de una inquietud histórica y de una inminente revisión.

La clausura de estos años se marca en cambio, con mayor claridad, hacia 1910. Fue la hora de los diversos centenarios de las naciones continentales. Estuvo subjetivamente marcada por una mentalidad de balance y de prospecto. Accedió por entonces a la vida americana una nueva generación, diversamente llamada "arielista" o "centenarista" o "de 1908" (por el primer congreso

estudiantil en ese año realizado). Nuevas influencias intelectuales —James, Xenopol, Hoffding, Bergson— cobraron una imperatividad de la que habían carecido.

Diversos libros -algunos de ellos ejemplares, como la *Historia de la Cultura en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña— nos han mostrado el proceso cultural americano en una organización formal que, si no es falsa, resulta, por lo menos, una sola de las dos caras o planos de la rica evolución de nuestro espíritu. Se ha dado, y se da, en estos países, el proceso cultural como lógica secuencia personal, y grupal, de creaciones, de empresas y de actitudes. Neoclasicismo, romanticismo, realismo, positivismo, modernismo, insurgencia y surrealismo, tienen, según esta perspectiva (que es también un método) su etapa de lucha, sus hombres y obras representativas, sus planos de pasaje y su agotamiento. Pero en Hispanoamérica, mucho más acendradamente que en Europa, tales procesos no agotan la realidad de la cultura como vigencia objetiva de cada medio y época, como sistema actuante de convicciones de vastos sectores letrados y semiletrados, verdaderos protagonistas de la vida del continente.

En este ámbito, en estos repertorios de "ideas y creencias" cuya indagación hacia 1900 es en realidad mi objetivo, no asume la misma importancia que en el anterior la creación personal americana, la auténtica respuesta del individuo o la escuela a la sugestión foránea. Doctrinas hay, que han influido hondamente, sin una perceptible o recordable elaboración por nuestra parte. ¿La han tenido, acaso, el biologismo evolucionista o el organicismo sociológico? No aparece ahí tampoco una rigurosa sucesión de obras o de escuelas. Todo —o casi todo— está librado al azar, que en esta historia tiene el nombre de editoriales. Un capricho, o una manía, o un sectarismo, han obrado a veces decisivamente al lanzar a un autor a ancha publicidad, o al escamotear la obra o trascendencia de otros. Lo que impone —y anoto como rasgo final— la frecuente coexistencia de orientaciones antagónicas, cuya conflictualidad casi nadie ve y que se instalan así, cómodamente, en la incoherencia mental del hombre medio.

Todos estos rasgos pueden comprobarse en el medio intelectual del 900. Por lo pronto, el origen transatlántico, no suscitado en lo americano, de esas corrientes y de esas ideas. Ciertamente que el hecho es general en toda nuestra historia ideológica, pero en otras etapas de ella hubo una más clara suscitación de necesidad hispanoamericana y, sobre todo en lo literario, un orden mejor de agotamiento y renovación. Y aun entonces, mayor calidad en lo sensible e imaginativo. Por un Darío, un Lugones, un Herrera y Reissig, o un Díaz Rodríguez, poco significan un Ingenieros, un Bunge o un García Calderón. Están menos radicados o son menos valiosos. (Excluyo a Rodó del cotejo por el carácter dual —arte y pensamiento— de su obra.)

En esta realidad, cobra una primordial importancia la labor de las editoriales españolas y francesas, sobre todo la de las primeras. Unamuno tronó algunas veces contra "*el alcanismo*" y la "*literatura mercurial*". Es evidente, sin embargo, que los grandes y verdes Akan (de filosofía y sociología), los más pequeños roji-naranjas de *Flammarión* (de las mismas materias) o los amarillos del *Mercure de France* (de literatura) influyeron, gracias a la amplia difusión del francés, sobre el sector creador y protagónico de la cultura. Es, en cambio, con las listas de publicaciones de las grandes editoriales españolas que puede reconstruirse casi medio siglo de influencias intelectuales sobre estratos mucho más grandes o profundos. En lo que importa a la ideología novecentista, debe iniciarse la nómina con las series de *La España Moderna*, magnífica empresa madrileña de fines de siglo. Tuvieron después gran repercusión la *Biblioteca Sociológica Internacional* de Heinrich, de Barcelona, y, desde la misma ciudad, la selección de *Los Grandes Pensadores* publicada por Maucci (más generalmente dedicada, al igual que Hernando, a la literatura) como instrumento propagandístico del pensamiento anárquico-positivista-ateo de la *Escuela Moderna*, de Francisco Ferrer. Por la misma época, la casa valenciana de Sempere (más tarde *Editorial Prometeo*) recogió

en sus catálogos muchos de los títulos de las editoriales anteriores y ejerció en América una importancia global decisiva e incontrastable. Daniel Jorro, desde Madrid, continuó esta serie de grandes influencias editoriales, oficiando, en cierto modo, de enlace entre esa época y los años marcados por el imperio de la *Revista de Occidente* que presidió la formación intelectual de estos países hasta el año 1936 en que se inició la guerra de España (para ser sucedida en su función —y desde América— por el *Fondo de Cultura Económica*).

También se ve en este medio intelectual del 900 esa coexistencia anotada de posturas y corrientes. No es difícil sorprender la tonalidad romántica en los sentimientos, en la ideología política y en la filosofía de la historia, conviviendo con el positivismo ortodoxo y sus derivaciones, o con lo tradicional en las costumbres —y a veces en las creencias religiosas—, y a todos y cada uno de estos temperamentos con las reacciones o superaciones del positivismo, sin que la noción de su múltiple conflicto inquiete largamente.

Y es que si toda visión del mundo, o conjunto, o retazos de ellas, se adapta inflexiblemente —determinando y siendo determinada— a una situación histórico-social, pocas parecen hacerlo con la libertad, y aun con la imprecisión, con que lo realiza en la situación hispanoamericana, la ideología novecentista.

No debe exagerarse, ante todo, el volumen real que ese pensamiento tiene en estos países ni su trascendencia en las convicciones generales de la sociedad. Muchas de sus notas más características permanecieron confinadas en cenáculos más o menos juveniles sin irradiación contemporánea o posterior sobre medios más amplios.

Por otra parte, aun en obras tan dignas y preocupadas como el *Ariel*, parece estrictamente al margen de toda formulación intelectual esa realidad hispanoamericana del 900.

En casi todo el continente es, políticamente, la hora de las dictaduras. Gobiernan Cipriano Castro en Venezuela, Manuel Estrada Cabrera en Guatemala y Porfirio Díaz en México. Cuba se encuentra bajo la ocupación militar norteamericana. Chile, Argentina y Brasil en las manos de sus oligarquías liberales y progresistas. En el Uruguay, el constitucionalismo democrático ha vencido al pretorianismo y se prepara a radicalizarse. Sobre esta diversidad de regímenes se vive en general una seguridad mayor; crecen constantemente, fomentadas por la paz y las garantías, las posibilidades de un trabajo útil y altamente remunerativo. Todo esto favorece un bienestar más extendido que otrora; la inversión extranjera colabora en este proceso de alumbramiento y desarrollo.

Muy pocos ven -o pronostican- el fenómeno imperialista: es todavía la hora de miel del "capital honrado". Sólo en el norte de Hispanoamérica los Estados Unidos son una amenaza de orden militar y territorial, en el resto del continente se extiende apenas un vago temor, salvo en hombres o minorías aisladas, llamados a la realidad de la potencia nortea por su victoria de 1898 sobre España, o por sus manejos de 1902 en el istmo de Panamá.

Mientras estos países se convierten en lo que habían de ser dócilmente durante casi cuarenta años: los grandes abastecedores de materias primas del mundo; y sus carnes, sus vellones y sus metales se hacen indispensables en la vida económica de Europa, en el campo se transforma decisivamente la explotación campesina y en las ciudades sube una potente clase media. En las capitales del costado atlántico se va formando por aportes extranjeros lo que ya tiene fisonomía de un proletariado; es allí también que las corrientes inmigratorias dan a la vida un tono que se ha calificado equívocamente de cosmopolita y que más valiera calificar de multinacional.

Muy a menudo como reacción ante ese fenómeno, el nacionalismo es ya una realidad, que estimularían hacia 1910 las celebraciones centenarias y su caudaloso cortejo verbal. América, en cambio, es una presencia borrosa o intermitente; sólo alguna obra excepcional —un *Ariel*, unas *Prosas Profanas*— o la noticia de algún desafuero tiránico o revolucionario rompe el insular silencio de las naciones. Europa es la gran presencia. Su imperio es absoluto en lo económico, en lo cultural y en lo humano. Europeas son las ideas; nuestra economía depende de las alternativas de sus ciclos y de la intensidad de sus compras; el inmigrante replantea todos los días —en nuestras calles y en nuestros campos— la discusión de su ventaja o desventaja, el debate de las excelencias o peligros de sus respectivas naciones.

El tono de la vida es bonancible, esperanzado y burgués; parece definitivamente positivo, y muy poco dispuesto a ambientar los dilemas espirituales de la Europa finisecular.

No se extiende hasta su ideología, la buena literatura de que disfruta, en general, el 1900. Parecería que fuese más fácil volverse, enternecidamente, sobre el aire y el porte, ya clausurados, de una época, que llevar esa emoción, esa ternura, hasta ideas y doctrinas cuyas consecuencias, y a veces terribles transformaciones, se viven y se sufren.

Sus mismos hombres —o jóvenes— representativos divergen en el tono de su evocación hasta esta medida abismal que separa éstos de dos textos que espigamos de una larga antología posible:

*"Soñábamos un orden mejor, no consistente como el nuevo que hoy se preconiza con la palabra y con la fuerza, en la regresión a los imperios rebaños de la antigüedad, sino en una sociedad armoniosamente organizada sobre la ley de una más justa distribución de los bienes de la vida (...). Socialistas revolucionarios, que pensaran transformar catastróficamente el orden social los había pero eran los menos. Vagamente se creía que el fruto, sazonado por el irresistible calor de los movimientos populares, caería maduro del árbol. Ya veíamos la luminosa ciudad soñada, al extremo de la oscura calle por donde marchaba desde tantos siglos, fatigada y doliente, la humanidad..."* (Roberto Giusti.)<sup>1</sup>

*"Lecturas imprudentes y atropelladas, petulancia de los años mozos, y el prurito de contradicción, que es el peor riesgo de la juventud, me llevaron (...) a frisar en la heterodoxia. Nietzsche, con sus malsanas obras y especialmente su Genealogía de la Moral, me contagió su virus anticristiano y antiascético. Poco después, el confuso ambiente universitario, la indigestión de los más opuestos y difíciles sistemas filosóficos, la incoherente zarabanda de las proyecciones históricas, pautada apenas por el tímido eclecticismo espiritualista de Fouillée, o tiranizada y rebajada por el estrecho evolucionismo positivista, me infundieron el vértigo de la razón infatuada, engréida de su misma perplejidad y ansiosa trepidación. ¡Cuántos ingredientes tóxicos se combinaron en aquella orgía del pensamiento! Al rojo frenesí de Nietzsche el demente, se sumaron el negro y letal sopor del budista Schopenhauer, las recónditas tenebrosidades del neokantismo, la monótona y grisácea superficialidad disciplinada de Spencer, y la plúmbea pedantería de sus mediocres acólitos, los sociólogos franceses de la Biblioteca Akan. Espolvoreando la ponzoña, disfrazaban la acidez de estos manjares intelectuales las falaces mieles del diletantismo renano, la blanda progenie de Sainte-Beuve, el escéptico, la elegante sorna de Anatole France y las muecas de Remy de Gourmont"* (José de la Riva-Agüero.)<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> *Siglos, Escuelas, Autores*. Buenos Aires, 1946, págs. 352-53.

<sup>2</sup> *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*. Lima, 1937, pág. 347.

## LAS VIGENCIAS

Fue el positivismo filosófico —en su versión spenceriana— el ingrediente de más volumen de ese ambiente intelectual de fin de siglo. Las casas editoriales españolas dieron a la obra del filósofo inglés una difusión que posiblemente, ni antes ni después, haya tenido entre nosotros pensador alguno. El impacto spenceriano oscureció completamente el prestigio de Comte, muy fuerte en tiempos anteriores, pero cuyas conclusiones en materia político-social resultaban indeseables, y hasta repelentes, a la mentalidad hispanoamericana.

Desde el enciclopedismo francés, ningún movimiento había corporizado históricamente, con tal prestigio y coherencia, como el positivismo inglés del último tercio del siglo pasado, las que podrían calificarse de "*tendencias de larga duración*" del pensamiento de occidente a partir del Renacimiento.

La visión del mundo y de la vida edificada sobre las ideas de *razón*, de *individuo*, de *progreso*, de *libertad* y de *naturaleza*, halló en este positivismo, y en su doble aptitud sincrética y sistemática, un instrumento de difusión que llevó la tonalidad inmanentista y antropocéntrica a sectores hasta entonces inmunizados a lo moderno por sólidas barreras tradicionales.

Ese positivismo fue un repertorio bien arquitecturado de ideas, pero tuvo mucho también de un catálogo de suficiencias y de un método de exclusiones o ignorancias. En numerosas expresiones —tantas veces las más vulgares, pero también las más influyentes— le movieron una caricaturesca idolatría de la Ciencia (con olvido de las modestas y trabajosas ciencias), un racionalismo, un agnosticismo y un relativismo suficiente, que postergaba o mutilaba sin beneficio la incontenible tendencia hacia la verdad y hacia el conocimiento cabal por la totalidad de sus vías posibles. Ignoró o despreció lo psíquico, lo metafísico, lo vital y lo histórico. Aplicó a todas las zonas de lo óntico las categorías y los métodos de las ciencias físico-naturales; se detuvo —como ante un vacío— allá donde el conocimiento experimental parecía no funcionar. Determinista y causalista, asociacionista, cuando se trataba de explicar todo tránsito entre lo simple y lo complejo, tuvo mucho de un balance y de un reposo, pero fue también la vía muerta de la que el conocimiento salió con grandes dificultades y no sin inolvidables lesiones.

Resultó el positivismo el núcleo generador de eso que Joad ha llamado comprensivamente "*the world of nineteenth century materialism*"; un mundo de sólida materia primordial que se diversifica y afina hasta lo psíquico y que se mueve y perfecciona desde lo inorgánico hasta lo humano, en una ordenada escala en el que cada uno de sus peldaños está determinado por una estricta causalidad desde el inferior.

Una de las características más firmes de esta corriente intelectual es la que encarnó ejemplarmente Max Nordau, y su explicación del genio en *Degeneración*. Se han referido a ella, contemporáneamente, Jean Grenier y Arthur Koestler. Es la constante operación disociadora y negativa que explica —y socava— el ámbito superior de los valores por la actuación de lo prosaico, de lo interesado, de lo morboso o de lo inconfesable. Esta filosofía del "*no es más que ...*" tendría su más esplendorosa manifestación en toda la construcción derivada del psicoanálisis freudiano; ya gozaba por esos años de una difusión en la que no es posible desconocer uno de los rasgos mentales más tenaces de la modernidad.

Su fondo ético era el de un utilitarismo bastante limitado; deformado —especialmente en América— hasta un materialismo práctico que dio a nuestro ambiente ese tono "*fenicio*" o

"cartaginés" al que tantos se han referido; refinado -en los mejores— en una sistematización social en que la última palabra era la adaptación a las vigencias de la generalidad, o la solidaridad, o los deberes, hacia la especie.

Históricamente, fue la concepción del mundo de la clase burguesa triunfante y de un tipo de vida movida variable, pero en la entraña paralelamente, por el ansia de placer o de lucro. Le caracterizaba una acción de tipo y finalidad individualista, que poseyó, en última instancia, una liberal comprensión de lo diverso, pero que en la práctica era fundamentalmente homogénea y estaba sellada por una tonalidad común, de la que el hombre no se salía sin riesgo o sin escándalo.

Cuando hablamos de positivismo vigente en 1900, englobamos dentro de él, en puridad, una serie de corrientes coludidas con su significación, lateralmente poderosas y de prestigio autónomo. Ejercieron una honda influencia en América el llamado "*positivismo penal*", el evolucionismo biológico de Darwin y Huxley, las teorías deterministas de Hipólito Taine, el monismo materialista de Buchner y de Haeckel, y la crítica religiosa y la exégesis bíblica protestante, liberal o atea.

La escuela criminológica italiana, de abundantes proyecciones sociales y políticas, fue ampliamente difundida por *España Moderna* y por Sempere. Lombroso, Ferri, y Garófalo, sobre todo; Rossi, Longo y Sighele, laboraron sobre la línea de la explicación mesológica y antropológica del delito, afirmando la preeminencia de los factores económicos, biológicos y sociales. En esta difundida concepción, según la cual el delincuente es más que nada una víctima o un enfermo, se liquidaba, siquiera indirectamente, las nociones de responsabilidad y libertad éticas.

El evolucionismo levantó en Hispanoamérica su inexorable ola de polémicas y dejó su trascendente huella en la visión del hombre y de la vida, con un corolario y serio debilitamiento de la noción creacionista de raíz religiosa.

La doctrina forjada por Hipólito Taine para la explicación del producto artístico y cultural por los tres factores de raza, medio y momento, llevó (ayudada por su atractiva simplicidad) el modo de pensar asociacionista, determinista y mesológico a la condición de un dogma que —con detrimento de la libertad humana y de la acción misteriosa del espíritu— dominó hasta hace pocos años en ambientes que no pueden calificarse completamente de vulgares.

Había sido anteriormente intenso el debate histórico religioso. Parecía vencedora, hacia 1900, la corriente doctrinal adversa al cristianismo y a toda religión revelada. Corrían en materia de exegética y filosofía o historia religiosa, las obras de Renán, Harnack, Strauss, el libelo de Jorge Brandes, los tratados y manuales de Salomón Reinach y Max Müller. Se reeditaban los libros, de intención antirreligiosa, de Volney, de Voltaire, de Holbach, de Diderot, el catecismo del cristianismo democrático y romántico de Lammenais, *Paroles d'un croyant*, se vertían al español los más actuales y ambiciosos ataques de Laurent, de Lanfrey, de Sabatier y de Guignebert. Sin necesidad de estos golpes frontales, las vigencias filosóficas poco tenían para respaldar la fe tradicional y en casi todo servían para denostarla o ignorarla; el monismo materialista, el evolucionismo y sus conclusiones sobre el origen del hombre —punto central de una repetida pugna—, el pesimismo de Schopenhauer o el amoralismo y anticristianismo de Nietzsche. Aceptábase, salvo esta última excepción, el magisterio humano de Jesucristo; érase terminante en la negación del aspecto sobrenatural e histórico del cristianismo; mostrábase en la historia de la iglesia la de una entidad tiránica y anticultural, permanente conspiradora contra la libertad y la justicia humanas.

El monismo materialista, que tuvo el valor de algo así como un superlativo de las negaciones positivistas, contó con las aportaciones significativas de Buchner y Moleschott, y especialmente con la de Ernesto Haeckel, cuyos difundidísimos *Enigmas del Universo* —de 1899— publicó poco después Sempere. Con su rigurosa argumentación naturalista y la facilidad vulgarizadora que le permitía llegar a un vasto sector semioculto, fue contribución decisiva a esa imagen del materialismo decimonónico a que nos hemos referido. También Guillermo Oswald, por aquella época traducido al francés, y Félix Le Dantec dentro de una inflexión vitalista colaboraron en la misma corriente.

Llevó el sello de todas las corrientes anotadas la sociología de esa época. Fue también causalista, determinista, mesológica; tendió a asimilar lo psíquico y lo social a las realidades de la naturaleza, examinándolos con los métodos de las ciencias de ésta. Tuvo la ambición y la suficiencia de las grandes construcciones y el gusto por las fórmulas abarcadoras. En Le Bon, en Letourneau, en Novicow y en Gumplowicz, puede rastrearse la función principalísima que esta sociología asignó a las categorías biológicas de la Raza y del Organismo, el papel que en ellas desempeñaron las nociones evolucionistas de lucha, de selección y de herencia.

Tarde y Durkheim (algo después), sin particularizarse del todo de estas características, purificaron los métodos, reencontraron la sustantividad de lo social o destacaron la realidad de lo psíquico; Tarde fue figura destacada del clima intelectual finisecular y sus seductoras *Leyes de la Imitación* despertaron admiración unánime; Durkheim, en plena producción hacia el final del siglo, no se difundió en realidad en España y América hasta las publicaciones de Jorro.

Se entendía la ciencia como dominio progresivo de la naturaleza y como explicación exhaustiva del universo, destinada a reemplazar la filosofía como instrumento cognoscitivo y a la religión, recluida a las zonas cada vez más alejadas de lo incognoscible. El entusiasmo del Renán joven de *El Porvenir de la Ciencia*; su fe —fe de unos pocos hasta décadas anteriores— se hizo desde entonces religión difundida y consoladora, esperanza socializada y secularizada. La vulgarización científica cobró una gran fuerza en casi todos los sectores; en una rama especialmente, en la de la Astronomía, Camilo Flammarion produjo una abundante obra que tuvo resonancia universal y es paradigma del género y de su intención. La facilidad literaria de sus páginas la hacía apta para llegar a manos de todos; su central afirmación de la intensidad cósmica en contraste con la pequeñez humana terráquea ejerció un hondo efecto en la crisis de las ideas religiosas y en la desmonetización de la imagen teocéntrica del mundo.

La fe en la democracia como corriente histórica incoercible era generalísima y las reservas que se le oponían lo eran en calidad de atenuaciones a sus excesos posibles o en condición de límites al agotamiento de su dialéctica.

De los tres clásicos postulados revolucionarios, el de la libertad era el más vivencialmente prestigioso. La igualdad era poco apreciada, salvo en los medios revolucionarios, y la fraternidad tropezaba con las negaciones del evolucionismo. La libertad se concebía, sobre todo, como ilimitada posibilidad de autónoma determinación, en conexión con una concepción inmanentista de la personalidad, como progresista eliminación de cortapisas ambientales y sociales.

Al combinarse el movimiento ascensional de las clases medias, la imagen positivista y naturalista del mundo, la fe indeclinable en el porvenir y en la ciencia y un anticlericalismo que autorizaban las corrientes intelectuales dominantes y nacía de una actitud social muy generalizada en los países mediterráneos, se definió el llamado "*radicalismo*", que aglutinó en Francia el asunto Dreyfus y triunfó al alborear el siglo con las leyes de Combes, como fuerza política más actual y en rigor más

novedosa. El batllismo uruguayo fue en Hispanoamérica una temprana expresión de la tendencia y de los factores que la configuraron. También se benefició este temperamento "*radical*" del poderoso aval literario e ideológico que importaban el grupo de escritores del XIX francés que profesaron un liberalismo optimista teñido de socialismo o mesianismo, y del equipo republicano español. Las obras del Víctor Hugo posterior al 1851, de Quinet, de Michelet y de Zola; de Pi y Margall y de Castelar circularon mucho en Hispanoamérica y definieron un tipo y una mentalidad que las sobrevivió largamente.

El liberalismo, de tono doctoral y universitario, siguió, sin embargo, siendo el rasgo más general del pensamiento político hispanoamericano. Mucho más liberal que democrático —es decir: mucho más amigo de la libertad de una clase superior y media que preocupado e imantado por lo popular (recuérdese si no aquella observación uruguaya sobre "*las blusas*" y "*las levitas*" en una recepción política de principios de siglo)— respetó, en verdad hondamente, los conceptos básicos de representación, soberanía, constitución y garantías individuales; se inflexionó a menudo de aristocratismo, como imperativo de adaptación a una realidad social oligárquica o como gesto de impaciencia ante la inoperancia de las multitudes; asintió, sin embargo, a la perspectiva de un final y reivindicador advenimiento mayoritario.

Como oficio, como preocupación y aun como divulgación, la política ocupó en estos años hispanoamericanos un lugar que el afán cultural o los empeños económicos se esforzaron por minorar, no sin teñirse algunas veces del color de sus pasiones, fáciles, violentas, olvidadizas.

## REACCIONES Y DISGREGACIONES

Este cuadro de creencias fundamentales permaneció sin cambios en sus elementos hasta muy avanzados los años de nuestro siglo. Su signo fue pasando, sin embargo, de lo actual a lo superviviente; su imperio perdió terreno, a grandes quites, en el espíritu de los sectores realmente creadores y dirigentes de la cultura continental.

A la negación de lo antiguo, unióse entonces la de lo que se calificaba como moderno. Poseídos los hombres de un minucioso frenesí revisor (valga aquí la interpretación de Federico de Onís del *Modernismo*, como versión hispanoamericana de la crisis mundial de las ideas y las letras después de 1885), nunca tuvo esta faena de demolición histórica grandes señas de alegre intrepidez y tal semblante de confiada —e ingenua— seguridad en el poder palingenésico de la afirmación intelectual y en su capacidad para derrotar intereses, pasiones o tradiciones. Nunca tal gesto de desprejuiciado aventar lo que parecía un patrimonio fácilmente mejorable y reemplazable de formas y contenidos de pensamiento, de acción, de convivencia.

La quiebra del positivismo arrastró consigo la de su inescindible fe en la ciencia, como mágica solución de todos los conflictos. Las ideas sobre su *faillite* que enunció con elocuencia Ferdinand Brunetière (y subrayó el escuchado Paúl Bourget) tuvieron tanta resonancia como las ya referidas de Renán en el período auroral de esta esperanza. El mismo Brunetière, que arrimó a la batalla su poderosa pasión polémica y su prestigio crítico y docente, lanzó en 1896 su pronóstico sobre el *renacimiento del idealismo*: una vasta y compleja serie de anuncios pareció ratificarlo. El positivismo ético utilitario había escorado en un superficial materialismo y la indigencia ontológica de la filosofía en boga hacía nacer, en el sesgo de lo literario y lo social, un caudaloso reclamo de últimas razones de existir y de actuar. Fue la hora de la importante conversión de Paúl Claudel y la de ese *idealismo social* que se vertió por vías tan distintas como el evangelismo anárquico de

Tolstoy, el socialismo cristiano de de Mun y La Tour du Pin y el reformismo de los sectores marxistas occidentales.

El simbolismo, y especialmente la obra de Maurice Maeterlinck, se fortaleció y prestigió en la creencia de que había redescubierto el alma, rescatando de la brutal realidad cuantitativa los veneros de la intimidad. Fouillée, con su doctrina de las *ideas-fuerzas*, restituyó al Espíritu su estilo de actuación en lo histórico; Dostoiewsky, conocido en Hispanoamérica a través de *Maucci* y de *España Moderna*, aportó con terrible y poderosa potencia esta dimensión de lo espiritual que parecía olvidada, o reducida cuando más al pequeño chispazo confortable de lo psicológico, dentro de un limitado inmanentismo.

No se hicieron sentir hasta el final del período que recorreremos las verdaderas fuentes de renovación filosófica del positivismo. Sólo la línea ecléctica y espiritualista del pensamiento francés que buscaba suscitar el ideal del seno de lo real, con Guyau y Fouillée, sobre todo, o el pragmatismo de James, tuvieron una amplia circulación americana. Las tres venas por las que —partiendo de raíz positivista— se disolvió el edificio: la de la historia y el historicismo (Dilthey), la de la vida (Nietzsche), la de la intuición y el movimiento (Bergson), más el replanteo del problema gnoseológico que significó el neokantismo, fueron de actuación posterior, y aun muy posterior en nuestro ambiente intelectual. La boga bergsoniana fue posterior al 10; la de Nietzsche, en lo más fino y entrañable de ella, se dio más tardía y diluidamente; la de Guillermo Dilthey no se ejerció hasta treinta o cuarenta años después.

Pero aun puede particularizarse el deterioro de la concepción decimonónica en una serie de significativas disgregaciones:

*La primera* fue la del *individualismo*, que cabría llamar, más correctamente, la del egocentrismo, o la del heroísmo protagonice.

El siglo XIX había sido —en todo su curso— el gran siglo individualista; su cosecha de grandes figuras resulta, a la distancia, más rica tal vez que la de cualquier otro período de la historia. Hacia las postrimerías de la centuria el tono de la vida que se entendía "*moderna*", el industrialismo, el advenimiento de las multitudes a través de la democracia, la obsesión utilitaria, junto a otro temor que en seguida esbozamos, pareció suscitar éste, de un agotamiento o desaparición de la energía creadora del individuo. De un Nietzsche simplificado hasta lo más grueso y esquemático —"*el superhombre*", "*la voluntad de potencia*", "*más allá del bien y del mal*"; "*la moral de los esclavos y la moral de los señores*"— salió lo más sustancial de esta gran protesta finisecular. Ibsen la robusteció con el prestigio de sus tesis, en las que se enfrenta el hombre fuerte y aislado contra la cobarde rutina social. Max Stirner, con *El Único y su propiedad*, fue un puente de unión entre el anarquismo y este fiero individualismo intelectual. La postulación heroica recibió el apoyo de la más conocida obra de Carlyle, y el prestigio de los *Hombres Representativos* de Emerson.

El planteo del problema social como antítesis de individualismo y socialismo, tan característico y nuevo en estos tiempos, permaneció incambiado hasta el fin del primer tercio del siglo XX.

*Segundo: por lo estético.* Tuvo abundante versión hispanoamericana la apelación europea contra lo burgués y mesocrático, contra la fealdad moderna, contra "*la muerte del ideal*" y el "*calibanismo*". Un largo rol de escritores, en el que se destacan Barres, Huysmans, Wilde, D'Annunzio, Eça de Queiroz y France, reivindicó los fueros de la belleza y del arte, de la delicadeza, de la inteligencia, del desinterés, amenazados al parecer vitalmente por la sed de felicidad en un aquí y un ahora, por

el espíritu de lucro y la vulgaridad de una sociedad crecientemente igualitaria, sellada por la coerción ciega de las multitudes.

*Tercero: por lo social.* En la segunda mitad del 800, prodújose la transferencia desde los ideales de libertad nacional a los de reivindicación social de ese mesianismo reformador iniciado por el romanticismo. El optimismo progresista y ético, de indisimulable raíz cristiana, confirió a la final epifanía del pobre una necesidad confortadora de persecuciones y desventuras. El marxismo había cerrado la etapa utópica del socialismo: poco había llegado de él a América hispana hacia 1890 y 1900. Corría un breve digesto de *El Capital* editado por Sempere, algo de Engels, y más tarde breves recopilaciones de Jaurés, y obras de Kautsky y de los Labriola. El gran contradictor, Proudhon, estaba, en cambio, muy bien difundido; su ardor, su individualismo, su contenido ético triunfaban, empero, de manera más clara en el anarquismo, que fue la gran realidad de la protesta social hispanoamericana de principios de siglo.

Con fuerte raigambre ítalo-española cuadraba mejor a los elementos inmigratorios y ciudadanos, impregnables por los credos revolucionarios. Tuvo un gran prestigio literario a través de Kropotkin, Bakunin, Stirner y Reclus, sus dioses mayores. Junto a ellos, una amplia publicidad española difundió las obras de Faure, Grave, Etzbacher, Nakens, Fabbri y Enrice Malatesta.

Característica fundamental en esta América del 900 es su frecuente —y casi diríamos general— conmixión con el sesgo individualista y la inclinación estética. Ilustró esta mezcla, muy reiterada entre nosotros, la figura del poeta elocuente y libertario —"vate" todavía- tocado a la vez por la disolución decadentista o por el orgulloso reclamo de la exquisitez distinguida. También el español Rafael Barret representó en el medio rioplatense, con mejor entraña humana y más quilates de expresión, esta después irrepetida coexistencia.

El anarquismo, credo individualista y acentuadamente ético, propicio al gesto airoso y mosqueteril, prestó su franquía a una protesta que no quería dejar en las aras de ninguna coordinada disciplina los fueros del yo sagrado.

Otro rasgo de esa actitud social es el de su optimismo y la ingenuidad con que desconoció la capacidad de resistencia de las fuerzas orgánicas sociales o confió en el nudo impulso de un entusiasmo suscitado por la palabra tonante y exaltada. Propiedad, Estado, Ley y Familia fueron puestos, tumultuosa y benignamente, en entredicho.

Dominó también en ella esa tonalidad ética que concebía la reforma social como una parte, y casi como una consecuencia, de la reforma individual, una palingenesia de lo íntimo con sentido religioso, al modo del evangelismo tolstoiano, de tan enorme prestigio y difusión en esos años.

No faltaron, sin embargo, las apelaciones a una violencia teatral y aislada, ni estuvo ausente la confianza en "*la huelga general*", apocalipsis del orden burgués, a la que Sorel diera años después tan despiadada elocuencia.

Pero "*la huelga general*" no bastó. Parecía excesivamente visible, resultaba una utopía demasiado manuable. Para satisfacción de la necesidad imaginativa, esta edad vio enriquecerse un género que abarcó desde los ensueños materialistas de Bellamy con su *Año 2.000*, hasta *La Isla de los Pingüinos* de Anatole France. (Sumamente típico de ese tiempo es ese linaje de "*la utopía optimista*", lejana descendiente de Moro y Campanella. Cuando en el nuestro se produzcan prospectos semejantes, éstos serán inexorablemente estremecedores, en el grado variable en que

pueden serlo *Brave New World* o *Ape and essence* de Aldous Huxley o *Nineteen-Eighty-Four* del irremplazable George Orwell.)

Henry George, con su pausada argumentación económica de *Progreso y Miseria* gozó también de gran difusión en esos años; su prestigio sobrevivió largamente y es visible hasta en la vetusta tradición fiscal de nuestro país.

La esperanzada creencia en un mundo de trabajo, justicia y abundancia, de igualdad, concordia y amor, unificado por la victoria sobre fronteras y recelos históricos, estuvo centrada en la influencia espiritual de Emilio Zola, y de sus *Evangelios*. El autor de *Nana* conservó su prestigio ideológico - robustecido por su intervención en el asunto Dreyfus— cuando la hora del naturalismo hubo pasado. Máximo Gorki también representó para muchos este aspecto de la beligerancia social del escritor. Las persecuciones que tuvo que sufrir del régimen zarista (cuando todavía estaba en el bando de los perseguidos) conmovieron hondamente a los sectores avanzados de Iberoamérica.

*Cuarto: por el vitalismo.* El impacto nietzscheano no se limitó al reclamo del *superhombre*. Su voluntad de poderío, su conmovido énfasis sobre la vida, desencadenaron una difundida reacción contra el intelectualismo idealista que afirmó fervorosamente las nociones de voluntad, energía, fuerza, trabajo y salud. Whitman y Kipling contribuyeron a su prestigio literario, la sociología y la biología evolucionista le prestaron argumentación muy copiosa y dogmática. (Reyles resultó entre nosotros la versión más ajustada de la corriente.)

La influencia de estas ideas fue significativa en el orden político: el imperialismo y el nacionalismo cobraron fuerzas hacia 1900 de un repertorio de razones que las mencionadas posturas de vitalismo energetista permitían inferir inequívocamente. Sin embargo su boga se limitó en general a la Europa del centro y occidente; en Hispanoamérica, predestinado sujeto pasivo de aquellos poderes su huella resultó mucho menos visible.

Otras presencias fueron la del escepticismo, la del amoralismo, la del pesimismo.

Renán, Remy de Gourmont y Anatole France —el último especialmente— hicieron escuela de esa sonrisa pronta y burlona que fue toda una postura de pensamiento ante realidades, ideas y valores. El gesto tuvo sus tornasoles variantes desde la blanda melancolía hasta la mueca rutinaria; aspiró a ser inteligente y a presentarse como tal: no puede negarse su frecuente éxito en tal sentido. La dispersión diletante, el nihilismo ético, el escepticismo filosófico resultante de un clima vital fácil y de una ideología sin exigencias, hicieron nacer esa superficial fineza —si corre la contradicción— que se impuso así como arquetipo de una actitud novedosa y de una inteligencia aguda.

Un complejo de corrientes, en verdad ya muy mencionadas en estas páginas: el determinismo materialista, el escepticismo, el nihilismo ético, el amoralismo nietzscheano, el esteticismo, la concepción decimonónica de la libertad, suscitó hacia fin de siglo —con abundante ilustración en la literatura- cierta divinización del impulso erótico y genésico sin trabas, muy diverso, sin embargo, de la trascendente pasión romántica encarnada en las grandes figuras de 1820 y 1830. Lo que le peculiarizó entonces, en la doctrina del *amor libre*, fue un sesgo político-social de protesta contra la regla burguesa y de desafío a las convenciones de la generalidad. Tampoco se le concibió (nuestro Roberto de las Carreras vivió entrañablemente esta actitud) sin el refinamiento y la búsqueda perversidad decadentista, sin la sed de lo extraño y de lo mórbido, sin la sazón cultural de algo a espaldas y contramano de la naturaleza. No se le separaba de la urgencia de experiencias nuevas, vinculadas al valor que las últimas escuelas estéticas habían asignado a los sentidos, ni se le desgajaba de la rebelión necesaria y hasta estrepitosa contra la ética tradicional.

Arturo Schopenhauer fue el gran estimulante filosófico de un caudaloso pesimismo que no deja de ser ingrediente extraño en época por lo común tan eufórica y esperanzada. El pensador alemán era más conocido por su divulgadísimo cocido español de *El Amor, las Mujeres y la Muerte* que por sus obras fundamentales, aunque *El Mundo* como voluntad y representación se tradujo y difundió a través de la editorial *La España Moderna*.

El pesimismo era un resultado del vacío extremo del diletantismo y del escepticismo (además de ser una inclinación constante del alma humana) y un fruto natural en la historia moderna, de los conflictos y amenazas de la época. Hacia fin de siglo tuvo el poderoso refuerzo de esa especie de milenarismo acongojado que suscitó en algunos la clausura de una centuria y la iniciación de otra. Mientras unos se exaltaban ante la perspectiva de lo venidero, otros veían, como Rubén, que "*un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste*" y creían -tan proféticamente- que los sueños de la historia sólo eran capaces de parir monstruos imprevistos y terribles.

El esteticismo, el individualismo, lo biológico, la preocupación social pusieron por ese tiempo en entredicho, dentro de las minorías, lo más sustancial de los postulados democráticos.

Libros como el famoso de Henri Bérenger, *L'Aristocratie intellectuelle*, de 1895 (de gran influencia sobre Rodó y sobre C. A. Torres) sistematizaron un debate en el que se alegaba variablemente o la incompatibilidad del triple lema revolucionario *Libertad-Igualdad-Fraternidad* con la realidad cósmica de jerarquía, estructura, lucha e implacable selección, o la contradicción entre la efectividad del progreso científico, obra heroica de unos pocos, y toda presión, dirección, concurso multitudinario.

El esteticismo enrostró abundantemente al régimen de vida democrático su presunta fealdad y su inocultable vulgaridad: tuvo en su requisitoria asombroso aunque efímero éxito.

La preocupación reformadora anarco-socialista denunció en la democracia occidental la satisfacción puramente política de la igualdad, escamoteando paramentalmente una positiva estructura económica jerarquizada por el poder del dinero, dominador, en las instancias decisivas, del contralor de la opinión pública y la cultura.

El individualismo planteó, con más estridencia que eficacia, el presunto conflicto entre la democracia y la aparición y afirmación de las grandes figuras (en verdad, todo ello al margen de que el período finisecular las haya producido en abundancia y definiera, en pureza, el último medio histórico medianamente propicio a la libre realización personal).

A la difusión de estas ideas, de evidente curso continental, se juntó en Hispanoamérica la preocupación por la crisis racial. La *raza* —confusa noción que oscilaba desde lo histórico-cultural hasta lo biológico— era concebida, y aun sentida, como el modo más natural de integración supernacional de las comunidades con características afines. La idea racial había sido prestigiada por el romanticismo, el positivismo, la sociología evolucionista y la mayor parte de las corrientes de la época. Entre 1895 y 1900 aparecieron, casi simultáneamente, varios libros en los que se denunciaba o presagiaba la decadencia latina y el triunfo inminente de lo sajón o lo eslavo. El más difundido de ellos fue el de Edmond Desmolins: *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons*, de 1897 y traducido en España dos años después. El tema tuvo, desde este lado del Atlántico, una modalidad especial. Fue la de la colusión, casi nunca evitada, entre la decadencia de lo español, vencido en Cuba en 1898, y la incapacidad de lo mestizo, pronosticada por el racismo arianista, ya entonces actuante. Las dos ideas se ayuntaron para esparcir una alarma que fue intensa y que se

acendró con la presencia y la expansión triunfal de la potencia y el modelo estadounidense. El *Ariel* rodoniano se concibió en ese clima.

Sin ser nuevos, se robustecieron hacia fin de siglo los lazos de filiación con lo francés, muy visibles en la literatura pero que no lo fueron menos en el orden de las ideas y las doctrinas. Respecto a España, hubo una rápida liquidación del prestigio de los grandes nombres de la Restauración (o generación del 68), aunque Castelar, a través de las innumerables historias de sus años parvos, mantuvo una amplísima circulación en América. En la última década, el cuarto centenario del descubrimiento de América y la guerra de Cuba fueron ocasión de verbosas, aunque sinceras, exteriorizaciones de lealtad hispánica. En cambio, se inició triunfalmente la irradiación de las grandes figuras del 98: Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Machado, Azorín, Maeztu. Se vio estimulada por la intensa labor periodística de algunos de ellos (Unamuno y Maeztu), o por la corroborante de algunos escritores menores. Francisco Grandmontagne y José María Salaverría fueron también muy leídos e influyentes.

Comenzó, paralelamente, la inquisición rigurosa de lo americano en obras de naturaleza panfletaria o de aparatoso argumento científico. (Sólo el *Ariel* resultó una excepción a estos rasgos por su brevedad, su seriedad y su carácter programático.)

La Universidad iberoamericana se halló en esos años relativamente ausente del proceso creador de la cultura. Asumieron los autodidactos el papel protagónico de la renovación intelectual; tuvieron en la peña del café —completada a veces con la mal provista biblioteca— el natural sucedáneo de la clase, del foro y del desaparecido salón.

En realidad, en países como los nuestros, faltos de una tradición de cultura cabal, con sus zonas forzosamente esotéricas o simplemente difíciles, la autodidaccia o la formación universitaria no presentan la misma diferencia que asumen en otras partes. Ambas se realizan a base de libros extranjeros, a los que tan poco agrega la exposición servil como la aprehensión tumultuosa y solitaria. Escasos matices hubieran podido anotarse entre la demorada deglución horaria de la cátedra, ilustrada por un solo texto (realidad general de nuestra enseñanza hasta hace muy pocos años) y la lectura ferviente y empeñosa de un Spencer, un Durkheim, un Cosentini, un Duruy, un Menéndez Pelayo o un Lanson. Siempre fue el libro, y sólo el libro, el ineludible vehículo trasmisor de esos contenidos, cuya diversidad hemos tratado de ordenar.

(1950).

En *Ambiente espiritual del 900 – Carlos Roxlo: un nacionalismo popular*.  
Montevideo, Arca, 1984, pp. 33-60. (Biblioteca del autor nacional; 2)

## CARLOS ROXLO: UN NACIONALISMO POPULAR

*Carlos Real de Azúa*

Desde 1939 (intendencia de Horacio Acosta y Lara), Carlos Roxlo es para la mayoría el nombre de una vía de tránsito de Montevideo que corre desde la calle Soriano hasta la calle Cerro Largo. Para los que hoy son sexagenarios, es el recuerdo vago de un gran orador blanco y el autor de una composición lacrimógena (es un hecho: hizo llorar) llamada “Andresillo”. Para una minoría más joven y medianamente enterada de la cultura nacional, Roxlo era un escritor que solía cambiar “remiges” en vez de “alas” y siempre “calológico” en vez de “estético” o de “bello” y el responsable de una dilatada “Historia crítica de la literatura uruguaya”, ilegible en su totalidad pero en la que se busca de tanto en tanto alguna referencia, algún dato, de la que se extrae en ocasiones alguna transcripción.

Para el señor Ángel María Cusano, para el señor Andrés da Silva y Silveira y para algunos más, Roxlo es un genial poeta y orador. Los diarios nacionalistas suelen recordarlo ritualmente (“El País” lo hace siempre con la misma nota) y ni siquiera se había establecido bien hasta hoy la fecha de su nacimiento (¿1860? ¿1861? ¿1863?), aunque esto no es vacío nada infrecuente en los achaques de la literatura uruguaya.

Tampoco lo es esta gran diversidad de valoraciones que sobre un hombre de nuestro pasado – como acabo de mostrarlo – se despliega; puede pensarse, sin embargo, que en el caso de Roxlo esta variedad es excesiva; puede buscársele alguna explicación.

### REFRACCIÓN DE ROXLO

Pretende hoy presentarse a Roxlo como un personaje idolizado unánimemente en vida, pero que esta diversidad de opiniones no es un agravio de la posteridad podría probarlo la “Antología de poetas uruguayos” que publicó en 1921 Mario Falcao Espalter y que, aunque le dedica sesenta de sus trescientas y tantas páginas, ya tiene que defenderlo del desapego de su tiempo, si bien es capaz de hacerle sólidos reparos, entre los que no es el más grave llamarle romántico **pomposo e irreflexivo**. Muchos años después y en un elogiado artículo, uno de los mentores intelectuales de “El País”, el profesor Adolfo Rodríguez Mallarini afirmó que Roxlo era vilipendiado por el rigor de

los aristarcos y la ruindad de los zoilos y, en unas líneas publicadas hace pocos días en “El Debate”, el Consejero Haedo acusó del descrédito de Roxlo a los poetas neosensibles y a los enemigos del Partido Nacional.

El primer término del Consejero tenía cierto estridor sarcástico hacia 1920 y mucho nos tememos que en este primer contexto no pudiera cubrir a su admirada Juana de Ibarbourou. Y si los enemigos del Partido Nacional fueran los autores del descrédito de Roxlo, habría que preguntarse por qué se encarnizan con él y en cambio (nombre más, nombre menos) han revalorizado casi sin medida a Eduardo Acevedo Díaz (si bien “calepino”, blacazo a todo lo largo de sus obras principales) y mantienen hacia Viana una respetuosa aunque discriminativa atención.

No es incómodo asentir, sin embargo, que hay un margen de verdad en lo que dice Haedo. En su “Proceso”, de 1930 (que está penetrado de un batllismo bastante belicoso) creo que Zum Felde maltrata a Roxlo, no por lo que dice de su poesía, que lo considero justo, sino al llamarle orador declamatorio y llorón (lo que ya no lo es) y al referirse a la deficiencia de sus datos, lo que importa en verdad mentar la sogá en casa de ahorcado.

Puede decirse también que si los vendedores de diarios de Montevideo hubieran denominado a su quinta “Andresillo” (como se les ha reprochado no hacerlo) no hubieran evitado el maltrato colectivo de sus padres y sus madres, pero eso no levanta la pedantería de que al llamarle “Gavroche” eligieran un nombre exótico e impronunciable para la mayoría de ellos.

Se dirá que un Presidente del Consejo no tiene por qué pesar demasiado las expresiones de su prosa menor, pero más exacto hubiera sido Haedo, con todo, si hubiera reconocido que el obligatorio examen, la forzosa revisión que los centenarios implican es siempre riesgosa; más justo hubiera sido si dijera que hay razones de adhesión o desapego a un hombre que no pertenecen a la crítica literaria (aún en el caso de que este hombre sea escritor); que no pertenecen a la historia (por más que este hombre haya sido un hombre público).

Hablando de Leonardo da Vinci – no asuste la distancia – decía Emilio Oribe no hace mucho tiempo que su gloria era un conjunto de fragilidades (de Goethe podría aventurarse algo parecido) y la frase es valiosa y es exacta. Hubo, hay genios, grandes genios cabales de los que ningún hacer, ningún resultado da sus medidas. Detrás de sus productos, sin embargo, opera una especie de núcleo diamantino que permite tener en pie esas fragilidades, que las fortifica, las transforma.

El juicio de personalidades mucho menores, en cambio, no puede apoyarse nunca en ese misterioso centro de valoración y a esto hay que agregar que, cuando son tan diversificadas en sus obras como la de Roxlo lo fue, este

juicio tiene que expedirse inevitablemente en una retahíla de “como” y de “en tantos”. En nuestro caso: como poeta, como orador, como crítico, como partidario, como hombre de acción, como y como y como... No es difícil cumplir con Roxlo en esta forma, pero si este plan se siguiera puntualmente pienso que algo muy característico de su personalidad – y acaso muy decisivo – quedaría escamoteado. Ese algo, adelántese desde ya, es la curiosa similitud (diríase: la singular monotonía) con que todos sus quehaceres llevan unos mismos trazos, unas mismas señas.

Se lean sus obras poéticas, su oratoria parlamentaria, sus libros de crítica o historia o su literatura de combate siempre se empapa el lector en la misma vena irrestañable de despliegue emocional, en la misma constante invocación a la sensibilidad patriótica, en las mismas apelaciones a las madres, a las cunas, a las tumbas, al hornero, al ombú y la gramilla. Si se ponen aparte sus obras poéticas, también en todo el resto se verá campear el gusto heteróclito por lo histórico, lo jurídico y lo estético, las interminables divagaciones, la erudición maciza e impositiva. Roxlo era, pues, una personalidad más difícil de desarmar de lo que a primera vista pudiera parecer. Con todo, como de algún lado debe empezarse a desenredar su madeja, como es como poeta y escritor que principalmente se le consideró, es en esos aspectos en lo que hay, antes que en otros, que juzgarle.

## SU FLANCO MÁS DÉBIL

Roxlo nació escribiendo, podría decirse, y ya a los diecisiete años se halló incluido en el “Álbum” de Magariños Cervantes (1878). El tramo de la iniciación es decisivo y, sea sostenido desde aquí como disculpa: no era fácil ser poeta en tiempos en los que se confundía concienzudamente poesía y oratoria y los buenos sentimientos con la emoción que se encorpa en la palabra. No le fue fácil, sobre todo, ser poeta a quien se formó en la España de 1880, al que se movió en un ambiente dominado (Bécquer aparte) por una versificación de dicharachos, discurso y moralina, y en el que todo lo era esa “vena” capaz de llenar en su caso varios miles de páginas.

No creo – lo confieso – que nadie haya dedicado sus ocios a leer metódicamente tan caudaloso resultado, pero si cierta fe puede hacerse a la selección de hombres equilibrados como Montero Bustamante, muy poco severo y de sensibilidad cercana a la suya, nada queda, nada se salva de toda la poesía de Roxlo. Ni la de tema íntimo, ni la de tema patriótico; ni la descriptiva, ni la narrativa; ni la de inspiración erótica, ni la de inspiración partidaria. Como no suelo ser tan radical e implícito, creo que vale decir que esto sólo escandalizará a los que nada saben de la trágica caducidad que acecha mucho más a la poesía que a otros géneros, que nada conocen del altísimo nivel de exigencia que la poesía reclama a lo que perdura y, si es útil un ejemplo, calculo que no quedará mucho más de toda la poesía uruguaya anterior a la generación de 1917 que algunas estrofas de “Tabaré”, que algunas cuartetas, o décimas, o

simples versos de Herrera y Reissig, que algunos poemas de Delmira Agustini y de María Eugenia Vaz Ferreira.

Desde Zum Felde se suele rechazar la poesía de Roxlo con los argumentos de que es enfática, de que es sensiblera y de que es verbosísima, pero sospecho que ni siquiera esta triple acumulación de calamidades explica que su poesía no funcione.

Fluencia, y fluencia excesiva tienen Whitman, los profetas, Neruda y Claudel (con el que Roxlo en algunas fotos: cráneo braquicéfalo, ojos fríos, labios breves, nariz posesiva, macicez, tenía extraña semejanza física). Son abundantes, pero además son poetas. Sentimentales y narrativos eran Wordsworth y muchos románticos ingleses, pero además eran poetas, porque en poesía el sentimiento sólo se hace nocivo – y así sensiblería, sentimentalismo – cuando no está revivido desde los hondores, o cuando está mal colocado, o cuando recurre a un impacto que se mueve fuera del discurso poético. Y enfática, por fin, es toda poesía que exija un timbre alto (la tragedia griega, por ejemplo), pero además tiene que ser poesía.

Se pueden recorrer en Roxlo los trechos más largos sin encontrar nunca debajo de esa abundancia, de ese énfasis y de ese sentimentalismo la palabra que nace de los veneros radicales; la palabra irremplazable, definitiva, eficaz. Aunque tal vez lo más legible de su obra pudiera haber estado en el tema bucólico (caso de “La Trilla”) aún para ella le faltó a la vez sobriedad y elaboración, simplicidad y vigilancia. Tal vez su tarea debió ser esa veta descriptiva y eglógica que trabajó en Colombia Gregorio Gutiérrez González y daría aquí mucho de lo mejor de poetas tan alejados entre sí como Julio Herrera y sus “Éxtasis de la Montaña” y Juan Cunha y su “Sueño y retorno de un campesino”.

Alguien ha recordado la vigencia, posible vigencia, de una poesía que como la suya tuviera su musa de percal, pero su poesía no es ni popular (en el mejor sentido) ni es simple. Podrá todavía aludirse a su propósito ciertos contactos: la ternura de Carriego, la violencia de Almafuerde, el repudio de Machado a la actual cosmética. (Roxlo dijo en “El Libro de las Rimas” no he sido simbolista ni he sido decadente) pero, aún con nómina tan desigual de alusiones – Almafuerde es bastante discutible –, no es fácil negar que Roxlo todavía está lejos del más próximo a su nivel.

Más acá de esto, que se señalen en él atisbos de precursor del modernismo (como lo hizo Montero Bustamante); que se subraye la equidad de su juicio sobre Herrera y Reissig; que Pedemonte marque (en “Nueva poesía uruguaya”) su aportación a la línea de nacionalismo literario que le parece viva y prestigiable; que sus tentativas de una épica nacional puedan afiliarse en una vigente línea hispanoamericana que va desde Olmedo hasta Neruda tiene

sentido. Todo tiene sentido, pero un poeta vive estrictamente sobre sus logros y no sobre sus latencias, sus barruntos, sus potencialidades.

Roxlo como poeta era, en puridad, una especie de río caudaloso pero de fondo incoloro y que refleja todos los cielos que lo cubren. Hay poemas suyos que son un eco más del becquerismo de aquellos tiempos; otros que son de un José Zorrilla o de un Campoamor, o de un Heine, o de un Musset, o de un François Coppée, hasta de un Baudelaire externo y diluido (“Immer Bei Di”).

Hay poemas, incluso, que siguen puntualmente al Darío más rococó, por más que a este fondo trate de darle un barniz autóctono que puede resultar extrañamente cómico:

Es tan hermosa mi princesita,  
Es tan alegre, tan jovencita,  
Con tanta gracia mueve su pie,  
Que cuando pasa, luciendo el talle,  
De oro los cielos cubren el valle,  
De oro que dice: – ¡Píseme usted!  
En lo redondo de su garganta,  
Tiene un boyero, que arrulla y canta,  
Puesta la urdimbre de su mansión;  
Siendo su risa que rauda vuela  
Como el acorde de la vihuela,  
En los balances del pericón.

De toda esta hojarasca se ha querido salvar a “Andresillo” (1888), que hizo llorar a los niños de la generación de Simón S. Lucuix, pero mucho me temo que “Andresillo” haya podido emocionar en un contexto ideológico social que no es el de hoy. Más concretamente: no creo que sobreviva ningún núcleo inmordible (que a fin de cuentas sería el de una mínima pero nominable poesía) de una explicación que dilucide en esta emoción y en aquellos llantos la cómoda conmisericordia con que se contempló, en un momento del desarrollo nacional, los dolores – más que nada pintorescos más que patéticos – de un infraproletariado que nada amenazaba. Siempre la miseria desorganizada convoca a los buenos sentimientos, siempre es lindo sentirse bueno y saber que un acto generoso de reparación individual, una diligencia de visitadora social puede hacer mejores a la sociedad y a nosotros mismos.

Que esto no sea hoy así y que este infraproletariado canillil haya saltado a la discreta pequeña burguesía de los canillas (y aún a la propia burguesía de los canilludos) explica en buena parte que toda esta desmesurada acumulación de infortunios no despierte mayor eco. La única tónica de insurgencia social que en el poema queda – y que no me atrevo a pensar que sea involuntaria – es el contraste bastante feroz entre el pequeño desarapado y su suerte y los títulos: “La Democracia”, “El Progreso”, “La Idea”, “El Porvenir”, “La Igualdad” del material que vendía. Y aún lo aleja más de nosotros y de nuestras pequeñas

hojas, llenas de propaganda visible y de la otra, el que vendiera unas hojas inmensas (gran desperdicio) escritas de cabo a rabo en blanco y negro (gran tedio).

## DE LA DIGRESIÓN Y LA SEGURIDAD

De su enorme “Historia crítica de la literatura uruguaya” yo mismo, que soy un ávido registrador de tradiciones orales, he ayudado a recordar que si es tan larga, tan difusa, tan digresiva es porque a Roxlo su fiel editor D. Antonio Barreiro y Ramos se la pagaba por pliego. Pero si se recorre su libro “El Uruguay en 1904”, de poco más de trescientas páginas, de clara intención propagandística y publicado por el mismo autor en Buenos Aires, se encuentra en su último capítulo un apartado de trece páginas sobre la doctrina de Monroe y la Santa Alianza.

Este fenómeno me parece ahora menos explicable que antes por cierta voluntad de dilatación y otros casos pueden contribuir a generalizarlo mejor. Está en la Argentina el caso Lugones; está en Colombia el caso Guillermo Valencia. El primero escribió sobre casi todos los temas, criticó la teoría de Einstein, realizó incursiones en la Paleontología, la Filosofía, la Pedagogía, la Economía y prácticamente en todas las ciencias. Valencia, puro escritor, político activo, llegó a disertar sobre el cáncer ante un congreso médico, y en el mismo Alfonso Reyes – aunque mejor administrado – hay algo de ese presuntuoso enciclopedismo que podría asombrar en un escritor europeo.

El universalismo de Roxlo no desentona junto a estos antecedentes y ayuda mejor a la inferencia. En sociedades como las sudamericanas, de preeminencia patricio-doctoral como lo eran las de 1900, parecería que los que no poseían título académico (Lugones, Valencia y Roxlo estaban en el caso) hubieran necesitado de esta estridente abundancia para certificar una cultura que les compensara pozos muy dolientes de inferioridad. La explicación del fenómeno no se agota, supongo, ahí y también es imputable a cierta inseguridad general que el intelectual sudamericano experimentaba frente al omnipresente cotejo europeo. Tanto en la “Historia Crítica...” (1912-1916) como en el debate sobre el divorcio (1905) o en el “Jorge Sand” (1905) puede asombrar hoy con qué minucia, con qué riqueza conocía aquel hombre todo lo que tuviera que ver con la cultura, los debates, las referencias y los problemas de Europa y sobre todo de Francia. La tan alabada cultura de Rodó se hace, en una alineación, nada excepcional.

Esa cultura, se dirá, esa omnívora competencia de lector no hacen vivir libros que no muestren otra virtud que ella, pero después de tantos rechazos no es equitativo callar que, pese a sus digresiones y al caos de sus materiales, la “Historia crítica de la literatura uruguaya” es una obra que, ordenada y expurgada, resulta extremadamente útil, y que el “Curso de Estética” de 1910 (ampliación de un compendio juvenil de 1838) y el ya mencionado “Jorge Sand

y la novela de costumbres” son trabajos mucho más solventes de lo que pudieran pensar los que no los han leído y que aún en nuestros días no desentonarían, lo que no es poco decir para producciones de aquella época uruguaya.

Llevado al fragor público, urgido por la oratoria o la propaganda escrita, Roxlo lucía mucho más desigual y era tan capaz de persistir en esas decentes calidades de su producción reposada como de caer en las mayores aberraciones del gusto y la sobriedad. A pocos segundos de verba, a pocos renglones de escritura podía ser, en suma, excelente o detestable. Sus discursos, su literatura beligerante están llenos de Rocas Tarpeyas, espadas de Breno, túnicas de Neso y nudos gordianos. En unos escasos párrafos de su “Uruguay en 1904” era capaz de escribir Roxlo que Batlle se asomaba a la ventana ojival del castillo de su soberbia, que los suyos serían amortajados en el mismo paño en que estaría envuelto el cadáver de sus patrióticas esperanzas y podía invocar a las ideas que el progreso lanza como un ariete sobre el escuadrón macedónico de las heroicas leyendas y preocupaciones sectarias. Sólo en pocas ocasiones lo veo directo y eficaz: una vez dijo, hablando de los votantes nacionalistas de Batlle en 1903, que en el Partido Nacional ha habido tráfugas, no minorías; otra condensó al desarrollo de la historia uruguaya entre 1830 y 1838 afirmando que Lavalleja se alzó, porque se robaba y que Rivera se alzó porque Oribe no dejaba robar.

El balance, sin embargo, es claro. Como poeta, como orador, como prosista las excelencias de Roxlo fueron demasiado esporádicas, los vicios demasiado reiterados. De casi todos los segundos se dirá que ellos eran característicos de una época tan empenachada y caudalosa como la suya. Siempre funciona la dispensa del “medio” o del “momento”, pero ni Rodó, ni Reyles, ni Barret, ni Vaz Ferreira escribían así y no es culpa de nadie sino de él mismo que Roxlo no esté junto a ellos y sí caiga con casi toda su carga en el lote de los olvidables.

No creo, empero; no creo tras lo dicho, que la figura de Roxlo pierda enteramente su interés y pienso en particular que una conclusión contraria en exceso radical debe imputarse más que nada a una verdadera mala política nacional en criterios de sobrevivencia.

Esta mala política, esta mala costumbre es bastante simple. Apenas llega un centenario, un cincuentenario, un sesquicentenario (las fechas fijas son las más proclives a eso) se emprende el tema de la “vigencia” o de la “actualidad” de un personaje. ¿Cuántas “vigencias de Ariel”, cuántas “actualidades de Zorrilla” no se han escrito los últimos años? Supongamos que Rodó, o Zorrilla, u otros la tengan. Pero aún en el caso de que esto ocurra, considero que esta obsesión por el justiprecio actual de un nombre soslaya un enfoque más regular y más fértil, olvida que una personalidad pueda ser valorada – y ser valiosa – sin que conserve ninguna cotización presente y aun en este caso merezca su

“centenario”, por el simple y modesto hecho de haberse trasfundido – ella, sus obras, sus empeños – en el curso ya hecho historia de la comunidad a que perteneció, en el de los haceres, en el de las empresas a las que hubo de aplicarse.

En el caso de los escritores – lo admito – se dirá que su perduración real importa, no esa transfusión, esa inclusión en una serie que llega hasta nosotros sino existir, y existir real, actual, singularmente, para las generaciones que vienen detrás. Roxlo – vuelvo a él – lo era, y no creo que exista de este modo. Pero puede ocurrir también que aquellos que fueron escritores sean capaces de importar hoy como otra cosa y aquel primer vivir soterrado, trasfundido en un pasado baste entonces para hacerlos interesantes, vivos, vigentes. Y este también me parece ser el caso suyo. No el Roxlo escritor sino el Roxlo político, político blanco.

## EN LA BATALLA DUDOSA

Al incorporarse a la vida cívica del país, Roxlo se hizo blanco con una de aquellas decisiones cuyo carácter total, irrevocable, único hoy nos costaría bastante recrear, imaginar. Más que adscribirse a una “ideología”, me parece, se insertaba emocionalmente en una “comunidad”. Pero en esto las apariencias pueden ser engañosas. Al cambiar su nombre en 1872 el Partido Blanco, y hacerse “Nacional”, al remozar su doctrina, su pugna frente al dominio colorado tuvo probablemente el sentido más claro que ha tenido a lo largo de todo su curso. Los reclamos formales siempre eran los mismos: honestidad administrativa y libertad cívica y electoral; un Estado que funcionara bien y vías pacíficas para que la masa política que fue probablemente mayoritaria durante todo el siglo pudiera ganar las posiciones que en la lógica democrática le correspondían. Las denuncias blancas eran también por ese tiempo las mismas y resultaban estrictamente simétricas a los reclamos; voceaban la corrupción administrativa, el marasmo económico del país, la imposición desembozada de la fuerza gobernante. Los elogios que los hombres de un partido se hacen a sí mismos no son, como es natural, concluyentes, pero pueden ser señas muy valiosas de su querer profundo y hay en la oratoria y el periodismo de los primeros tiempos de Roxlo (más tarde se reiterarán en Herrera) términos que retornan obsesivamente. Con aquella tendencia a pluralizar los términos abstractos que tendrá su expresión máxima en Irigoyen, proclamaban los hombres del nacionalismo que su partido era el de todas las rebeldías y todos los desintereses, el de todas las altiveces y todas las honestidades. Se definían, en sustancia, como gentes que resistían las imposiciones del poder, que no se aprovechaban de él, que protestaban de que otros lo hicieran. El término de “nacional” se enquadra justamente aquí y vierte dentro del contexto de la época lo que se quería y lo que se denunciaba: un Gobierno y un Estado para el país todo, frente al exclusivismo burocrático-doctoral y militar del coloradismo; un Gobierno y un Estado para el partido derrocado por la intervención extranjera y “no solo” para el partido entronizado por ella; una Administración para todo el

país y “no sólo” para beneficio de los administradores.

Que se pretendiera “más” que eso me parece difícil sostenerlo, si se tiene en cuenta que el común denominador ideológico era un liberalismo sin reticencias y que la tradición federal (con todos los ingredientes extraños a él) había perdido toda potencia normativa y sólo se mantenía como difuso resabio emocional. Blancos o “nacionalistas” y colorados aparecen, más allá de esta latente fisura, unificados en aceptar como definitiva la condición del país, las líneas técnicas y sociales de su modernización, su adscripción a la economía europea, su acatamiento a la ceñida lógica de mayorías y minorías.

Si reseño con algún cuidado esa situación no es sólo porque creo que es el punto de partida para comprender toda la ulterior evolución del Partido Nacional sino por que también es desde ella que se comprende en nombre de qué valores hombres como Roxlo acudieron al esfuerzo bipartidista del Quebracho (1886) y militaron once años después en la dura guerra civil que convirtió en figura nacional a Aparicio Saravia.<sup>1</sup>

Con posterioridad al Pacto de la Cruz, que cierra la Revolución del 97, la carrera política de Roxlo se organizó como una de las tantas carreras que nacían bajo el signo de una coparticipación cuidadosamente estatuida pero que, sobre todo, debían de moverse en el riesgoso y agotador juego de posiciones que les impusieron las constantes divisiones blancas, las tensiones entre el Caudillo y los diversos Directorios, las de éstos y la masa partidaria, las disidencias, las tendencias filobatllistas, las facciones de la paz y de la guerra.

Si se recorren las páginas de “Uruguay en 1904” se comprende bastante bien por qué Roxlo (y tantos hombres como él) formaron en la segunda revolución saravista. Que Batlle quisiera terminar con el sistema de coparticipación que dividía el país en feudos departamentales y rehacer una acción gubernativa única parece hoy fuera de duda, pero también resultaba claro por aquellos años. En lo que la visión es distinta es en lo atinente a los móviles. En 1903 se veía en las actitudes de Batlle posteriores a su elección – y es más que comprensible – la decisión de volver a los “unicatos” presidenciales, a la parodia representativa, a la persecución despiadada de toda manifestación opositora; a los períodos, a los tiempos en suma, de Flores, de Lorenzo Batlle, de Santos, de Herrera y Obes o de Borda. Que Batlle quisiera otra cosa y su móvil auténtico fuera la modernización del país por medio de una unificada acción monopartidista, que para él era la única capaz de asegurar la coherencia y el empuje de la dirección gubernativa, era una eventualidad más difícil de ver de cerca, así como su acatamiento a las reglas del régimen representativo que no es desmentible por algún episodio de “influencia directriz” o de amenazas castrenses.

Este plan, que para la coonestación ideológica liberal hacía “innecesarias” las guerras civiles lo comprendieron, o por lo menos es probable, los disidentes nacionalistas de 1903. No lo entendió en cambio, sin duda, la

masa nacionalista ni los dirigentes civiles, ni ayudó ciertamente a hacerlo el estilo político personal de Batlle, ni la composición de los cuadros de su partido. Sobre Batlle, y cerrada hoy la etapa de las apologías, falta entre otras cosas un buen estudio caracterológico, pero no es aventurado sostener que, al margen de cierta efectiva grandeza personal, no eran su fuerte los amplios gestos de reconciliación y generosidad y que, por lo menos hacia esos tiempos, le sobró cierto encono, pequeño, áspero, en el trato con sus adversarios. El viejo equipo colorado, que se hace "batllista" después de 1900 y que todavía daba el tono, era ducho en las artes de "la imposición": no era suspicacia excesiva no confiar nada de sus hechos. Y aun soslayadas estas circunstancias había que saltar del viejo "status" al nuevo plan y es natural que los que tan dolorosamente habían sufrido el primero, no creyeran en la sinceridad del móvil con el que quiso arrebatarles las conquistas recién adquiridas.

Si se tiene en cuenta esta situación resulta incluso bastante asombroso con qué rapidez fueron ganados por nuevas convicciones los hombres que habían combatido en las dos últimas guerras civiles y que formaron, entre 1905 y 1910 (Roxlo, Herrera, Martín Martínez, Vázquez Acevedo, Lussich, Aureliano Rodríguez Larreta), el llamado grupo "conservador", que defendía las formas legales de lucha frente al otro "radical" que tuvo su figura en Martín Aguirre, nostálgico todavía de los medios violentos de acceder al Poder. En este momento, en que se configura el Partido Nacional tal como fue por lo menos hasta 1931, es donde la personalidad de Roxlo, entre sus muchos quehaceres, cobra su más exacta justificación.

Se ha visto en el autor de "Andresillo" un precursor de la línea popular y aún "obrerista" dentro del Nacionalismo, iniciando un tipo político que habrían de encarnar después Carnelli, Andreoli, Fernández Crespo (en cierto momento), Erro y algunos más.

Con su matiz concesivo y paternalista la misma palabra "obrerismo" suena hoy a arcaica pero consustanciarse con ella no debe haber sido fácil en un partido de reflejo social conservador y, sobre todo, hacia la primera década del siglo. A Roxlo lo ayudó sin duda el no ser rico y el ser un romántico más cabal o más demorado que otros, lo que no podía dejar de franquearle cierta constante corriente de compasión – un si es no es lacrimosa – por el débil y por el infortunado. Si se piensa también que sus gestos obreristas los adoptó Roxlo en compañía de un hombre de tan certero olfato político como fue Herrera, tampoco debe destacarse la maniobra táctica elemental de arrebatar una bandera que empezaba a tremolar el adversario.

Los proyectos laborales de Roxlo, presentados en 1905 (23 de febrero y 2 de junio) y 1907 (9 de marzo), han provocado ciertas polémicas. La apologética nacionalista los ha lanzado a la cabeza del Batllismo, que reclama la paternidad de las primeras medidas en el Mensaje presidencial de Batlle del 21 de diciembre de 1906 y el Batllismo ha replicado que el proyecto Herrera-Roxlo

establecía una jornada laboral de once horas lo que, sin ser excesivo para la época, no era ciertamente generoso. Aún si todo fueran horas de trabajo (que no lo es) el debate resulta relativamente estéril y estos proyectos interesan más que nada como síntoma. Que eran coherentes y que, a diferencia de las leyes que el Batllismo hizo aprobar, formaban un verdadero cuerpo orgánico, un pequeño Código del Trabajo, es indiscutible. También parece seguro que contemplaban más puntos que los que Batlle cumplía. Roxlo y Herrera no fueron, por ejemplo, culpables de esa inversión que el derecho laboral uruguayo registra (y que tantas veces se ha observado) al iniciarse con medidas de protección indiscriminada y sólo mucho más tarde legislar para los más débiles: niños (desde el Código del 34) y mujeres (sólo desde 1918 y con la muy insignificante “ley de la silla”). Los proyectos estatúan medidas efectivas de protección a ambos, aunque también es cierto que en el citado mensaje de Batlle se proponían sustanciales rebajas de la jornada de trabajo de los niños y se protegía el período grávido de la mujer. También es cierto que las primeras coherentes medidas sobre contrato de trabajo – otro capítulo de los proyectos Herrera-Roxlo – se votaron en 1944; que de los convenios colectivos – que también proponían – poco se ha establecido hasta hoy y que de los otros capítulos de su pequeño código ya formaban parte el derecho de huelga (que recién se reconoció formalmente en la Constitución de 1934), el descanso semanal obligatorio, (que recién se votó en 1920), la indemnización por accidentes de trabajo (que sólo se aprobó en 1914) y muchas medidas sobre higiene y seguridad industrial (que sólo se estatuyeron años más tarde). Si la jornada de once horas que Herrera y Roxlo proponían hoy parece elevada, hay que recordar que las ocho horas recién se votaron nueve años después de proponerlas Batlle y no obstante las habituales mayorías con que éste había contado y que, si a la legislación comparada recurrimos, Bélgica recién aprobaba las nueve horas en 1919 y las ocho recién se establecieron en muchos países industriales europeos al concluir la primera Guerra Mundial.

Si a todo este rol de fechas, proyectos y prioridades tratamos de extraerle un significado hay unas cuantas conclusiones, sin embargo, cuya verdad se impone. Al proponer medidas de protección obrera que incrementaban los costos del naciente proceso de industrialización, y es una, el nacionalismo no tocaba nada sustancial de los intereses económicos de sus clases adineradas, que lo eran tal por la propiedad de la tierra, y si bien es cierto que el Batllismo las adoptó poco después, y pese a su definido carácter industrializador, lo hizo complementándolas con un aparato aduanal proteccionista que contrarrestó los efectos que a sus rivales parecían serle indiferentes. Reclamar tales leyes desde la oposición, se dirá también, sin que haya en el partido en que se milita un sector laboral vitalmente interesado en ellas es cosa muy distinta a hacerlo desde el poder, con la facultad y la obligación de cumplirlas y con una masa obrera (como la que el batllismo recién estaba ganándole al anarquismo) que observa y presiona y ha de juzgar electoralmente en la ocasión más inmediata. Creo, con todo, que aun marcando estos matices los proyectos de Herrera y Roxlo son un índice muy cierto que milita contra un aprovechador simplismo

histórico. Creo que ellos, como tantos otros ejemplos que podrían elegirse, demuestran que la pretensión de monopolizar el proceso de modernización del país (que la historiografía batllista promueve) es ilegítima. Creo que demuestra que este proceso de modernización fue el resultado de una colaboración muy intensa de las dos banderías, y aunque no es posible extenderse en la causa de ello es bueno recordar el carácter pluriclasista de nuestros partidos políticos, la ubicación de sus intereses en diversas zonas geográficas, la muy relativa cuantía de lo que una medida estatal podía comprometer y el poderoso impacto, al fin, de toda una corriente ideológica que impregnaba sin cesar a los sectores más jóvenes, más “idealistas” de los dos grandes colores tradicionales.

Que este aspecto de Roxlo, que es al fin y al cabo quien nos importa ahora, era visto ya hacia su tiempo como importante puede probarlo muy bien el discurso de Leonel Aguirre en su entierro; ya se sentía hace un tercio de siglo la necesidad de un “nacionalismo popular”, aunque en ese entonces no tuviera otro objeto que el de enfrentar a Carnelli.

Supongamos entonces que ser “obrerista” es ser “popular”: visto en perspectiva ¿qué sentido tiene el “nacionalismo” de Roxlo?

## UN NACIONALISMO ROMÁNTICO

Debe señalarse, para comenzar, que el hecho de que los intelectuales blancos cultivasen cierta forma de “nacionalismo” resulta una consecuencia ineluctable de que esta palabra sea una derivación de aquella otra, “nacional”, que a su partido adjetivaba. Es una consecuencia demasiado tenue; una consecuencia que el cipayismo de escasas décadas después demostraría que poco pesaba. Más importante resultaba que las bases más firmes del Partido, el escenario de sus esfuerzos militares, las tribunas de su oratoria más comunicativa, los incentivos emocionales que ésta tenía, el poder de congregarse pertenecieron al ámbito rural. Y si la consubstanciación de éste con algo estrictamente “nacional” es palabra mayor que nuestros avatares históricos enjuician, no es discutible su identificación con lo “típico” más inmediato, con lo más modestamente “autóctono”.

Con Roxlo se agregan a todo esto algunos factores más. Son algunos factores que hoy resultan importantes, porque varios de ellos se insertan en las que pueden considerarse las urgencias ideológicas más vivas de nuestros días.

Roxlo, por una parte, era un romántico tenaz y cabal como pocos y es difícilmente concebible un romanticismo que no tenga su sinónimo político en algún tipo de nacionalismo, casi siempre histórico, casi siempre emocional, casi siempre nostálgico. Puede contestarse que esto no sería un rasgo específico suyo y que con todos los uruguayos cultos desde medio siglo antes tendría que haber ocurrido lo mismo. Que esto en parte es cierto no tiene sentido negarlo y se confirma muy bien con el ejemplo (por caso) de Acevedo Díaz, cuyo

nacionalismo bien puede agotarse en las dos acepciones ya enumeradas. Sin embargo, al recibir Roxlo un romanticismo epilodal, ya casi vencido, se posibilitó que operara con especial fuerza en él la pluralidad latente de consecuencias que hay en todo estilo estético. Políticamente, el romanticismo es nacionalismo más liberalismo, pero el liberalismo ya estaba perfilado doctrinariamente y todo lo había impregnado; no es casual entonces que Roxlo haya subrayado con especial frenesí una dirección que especiales circunstancias íntimas e históricas le hicieron vivir más intensamente.

En lo que a la persona toca, Roxlo – se ha señalado con fineza – “eligió” su patria, puesto que bien pudo realizar su vida en España, donde se formó, y este “elegir” la patria creo que cargó a su radicación con una gravedad entitativa, con un fervor cordial que no es equitativo olvidar. En todo el apasionado nacionalismo de Roxlo hay algo de tenso y deliberado. En todo su nacionalismo hay una cierta forma de ver desde fuera la colectividad en que se participa y a este respecto puede tener un acentuado valor indiciario la anécdota que contaba no hace mucho Muñoz Zeballos y en la que Roxlo recorría el campamento revolucionario de 1897 y reclamaba su petisa tordilla preguntando, con el más puro acento peninsular: “¿Habéis visto mi jaca torda?”

De la modernización nacional, por otra parte, de la obra que el Batllismo cumple entre 1903 y 1933 pueden pensarse muchas cosas. Pero parece difícil discutir que, salvo el Colegiado (cuya teorización tuvo – al margen del remoto e inepto “ejemplo suizo” – su raíz en la dolorosa experiencia del pasado uruguayo), todas las otras medidas (en realidad: más que las medidas mismas, su aparato justificativo) adoptaron un carácter tan europeo, tan extranjero, tan “utópico”, como lo había tenido la incidencia de todos los “ismos” ideológicos que sobre el país habían operado. Quiero subrayar que yace más allá de esto la significación de aquel crear “la utopía en bandeja” (para usar la feliz expresión de Despouey), en la doble periferia de Iberoamérica y de Europa y en la ignorancia de las condiciones específicas que provocaban la inserción en una zona de subdesarrollo y la falsificación de todas las estructuras económicas que había suscitado la balcanización del Río de la Plata. Hay que completar este cuadro, frente al cual se movió el Roxlo de los últimos veinte años, con la preocupación obsesiva por el regular una sociedad urbana, con el desprecio del rico valor nutritivo de las formas de vida que en el área campesina subsistían y una política económica, social y fiscal (con las boberías georgistas mediante) que parecía calculada para enquistarse en un carril desde el cual, al mismo tiempo que se frenaba el desarrollo productivo de nuestras industrias básicas, no se rozaba un pelo de la jerarquización social del agro ni las formas latifundistas de propiedad de la tierra.

Podría alegarse que los nacionalistas del tipo de Roxlo no disientían radicalmente de este bosquejo, con los matices probables de que algunos pidieron para el campo bastante más que el que no se revolucionara, casi todos valoraron mejor que el Batllismo nuestras formas de vida tradicionales y casi

ninguno tuvo la aguda pupila que tuvo Batlle para enfrentar nuestra dependencia al imperialismo inglés.

Es de otro desafío, me parece, que el nacionalismo de Roxlo se alimenta. Hoy sabemos que el Batllismo fue esencialmente un movimiento nacional, industrializador y de clase media, alimentado por la ideología democrática radical que impregnó a la pequeña burguesía francesa de 1900. Pero en aquellos tiempos y a través de la famosa "Biblioteca Sempere", de los núcleos anarquistas que Batlle – como tan bien lo ha señalado Carlos Rama – unció a su carro político y de las propias doctrinas y palabras de aquél, toda una parafernalia internacionalista y extremosa hacía sospechar – para aquellos que a las exterioridades se atuvieran – que el preludio del Apocalipsis estaba corriendo.

Aventuro que es contra esta suscitación que el nacionalismo de Roxlo termina por bosquejarse y todas sus características, si a esto se suma el recuerdo de lo anterior, se hacen así explicables. Fue un nacionalismo emocional, de estricto apego a las realidades físicas y humanas del lugar y que llevó en forma excepcionalmente visible la impronta biologista que el romanticismo le imprimió. Literariamente su despliegue se hace tedioso y se expide en constantes enumeraciones zoológicas y botánicas, en recapitulaciones panorámicas, en "los abrazos cordiales" y "las imprecaciones cariñosas" – de que hablaba Falcao – al trébol, al cedrón, al ceibo, al teru-teru, a la guitarra y al camalote, al ombú y a la yerra, al tordo y al zorzal... Más importante que todo esto es señalar que, como la de Herrera en su primer período, esta militancia del poeta se detiene en las fronteras del país, se agota en un delirante apego a la "patria chica". Aunque Roxlo, como todo su partido, saludó como propio el triunfo de Hipólito Irigoyen en 1916, su nacionalismo es explícitamente desdeñoso de toda forma de solidaridad iberoamericana y rioplatense a las que identifica, o poco menos, con el "internacionalismo" que rechaza. Salvo alguna retórica artiguista, no creo, por ejemplo, que pueda encontrarse en un texto tan ilustrativo como su largo discurso sobre la Defensa de Montevideo y la Guerra del Paraguay (1907) ningún elemento que permita establecer para Roxlo algo diferencial entre aquellos hechos y nuestra intervención en ellos y los que hubiera podido configurar la participación uruguaya en una guerra contra Japón, Islandia o Turquía. En realidad Roxlo, que se batió allí por la buena causa – y por lo que parece en nuestros días la buena causa –, da la impresión constante de que no sabía porqué lo hacía, de que obedecía meramente a reflejos de fidelidad partidaria. Discutir el complot internacional contra Berro y Aguirre, aludir a las intrigas del avieso Mitre o a las insidias de Elizalde como si se tratara de problemas de Derecho Internacional, vilipendiar la Guerra del Paraguay y el arrasamiento de un pueblo (que representaba en su forma más poderosa, cabal y pura la vía autonómica iberoamericana y la resistencia a los imperialismos) con los textos de Fiore o de Bluntschli en la mano fue la constante aberración, el permanente desenfoque con los que Roxlo aparece hermanado en todo el largo debate.

La ignorancia, entonces, de la comunidad del destino iberoamericano, de la verdadera super-nación que hace viables nuestros nacionalismos tuvo que acompañarse también con una ceguera completa para las exigencias defensivas que en el orden político, económico y humano ese nacionalismo podía imponer. Súmese todavía a la cuenta, la pasividad total de este “nacionalista” a la hegemonía de los patrones intelectuales de Europa. Jamás debe haber sospechado Roxlo que toda su vida espiritual se había movido entre moldes ortopédicos, que toda su creación (así hay que llamarla) había tenido que adecuarse a formas culturales importadas e impuestas masivamente. En su libro de propaganda revolucionaria, “Uruguay en 1904”, por ejemplo, se hace visible con una fuerza casi cómica hasta qué punto era incapaz Roxlo de narrar y juzgar un hecho de nuestra más quemante actualidad sin acudir a un constante paralelo de frases y episodios de la historia de Francia. Nuestros paisanos y nuestras patriadas discurren allí entre un espeso vaho de Lamartine, de Thiers, de Reclus, de Mihelet y de Lavissee, y este permanente mecanismo de prestigio autorizante le da un cariz casi fantasmal a aquel rico momento de “alegría peleadora” de que hablara Borges en alguna ocasión. Como muchos hombres de su tiempo, pero más posiblemente que otro alguno, Roxio parecía tener siempre a mano una frase francesa, un célebre “mot just” para dignificar hasta los más mínimos actos de la vida.

Con tales manquedades, todo el nacionalismo de Roxlo viene a quedar cifrado así en un respeto casi religioso por el desarrollo autónomo, incondicionado de las comunidades nacionales. Ni más ni menos, y supongo que la posición anti-intervencionista que explayó tanto después Herrera tuvo en él su fuente próxima (si no lejana). Cuando Roxlo afirmó en un debate que cuando se va a un país a derribar un Gobierno es a ese país, que se identifica inevitablemente con aquél, al que se destruye, no sólo enfrentó premonitoriamente las siniestras tarambanerías de la “intervención colectiva”. Enunció, también, la única verdad práctica de toda su doctrina.

## UN LIBERAL A MEDIAS

En un verso de “El alma charrúa” gritaba Roxlo (su) sed, (su) ardiente sed de autonomía. Todo su liberalismo y su nacionalismo están en él y es lo cierto que ni su nacionalismo ni su obrerismo le impidieron – ni hubieran podido impedirselo – sentirse liberalísimo, “liberal como el que más”, “liberal” (estaban de moda los peros) “aunque respetuoso de la verdad”. El liberalismo de Roxlo era un liberalismo-conservador, como el liberalismo termina por serlo casi siempre y como incluso empezó siéndolo algunas veces, como en el caso de Burke y los “doctrinaires” franceses. Y si es útil precisar esto es porque la precaria terminología política del Batllismo ha subrayado el segundo término de la filiación ideológica de Roxlo como si este implicara la negación del primero.<sup>2</sup>

Hasta qué punto el liberalismo ambiental pudo no ser adecuado a la contextura temperamental de Roxlo, hasta qué punto pudo contribuir a los desequilibrios que lo llevaron a la muerte es cuestión más difícil, larga. Es observable, sin embargo, que si se lee su muy legible “Jorge Sand” (1925) o su eruditísimo discurso “Frente al divorcio” (1905) se ve que en Roxlo (lo que lo llevaría al contacto con Larra; lo que no sólo los aproximaría en el pistoletazo final) corría por una vertiente el desborde emocional y la irrestricción del romanticismo y, por otra muy opuesta, la convicción intelectual en las exigencias supraindividuales de la disciplina social, del orden sentimental, del sacrificio personal a normas e instituciones, la devoción a las virtudes modestas de la paciencia, la tolerancia, la resistencia. Esos sacrificios, esas disciplinas cuyo reclamo siempre parece reaccionario en cada época, cuando no es la “Divini-mayor” de la hora el que las convoca, y que Roxlo ensalzaba frente a la argumentación romántico-hedonista, individualista del divorcismo de 1905, ayudan a inferir que Roxlo pudo encontrarse más cómodo en el realismo filosófico y político clásico que en la ideología que le tocó respirar. Que esta inferencia pudo haberla hecho él mismo también es probable y es probable también que haya ayudado a ese sentimiento de frustración, de esterilidad, de derrota que escapa por todas sus declaraciones de los últimos años.

#### LAS VÍAS DE LA MUERTE

El suicidio de Roxlo (1926) y el de Baltasar Brum el 31 de marzo de 1933 son, seguramente, los dos suicidios más recordados de nuestra historia política. Pero el suicidio de Brum tiene una claridad plutarquiada, un aire de ágora que no tuvo el de Roxlo, y no destruye esta distinción observar que la fe de Brum de que **en el Uruguay no puede ocurrir**, y en la legalidad y en las instituciones, era de raíz tan romántica como las rumias y malestares que armaron la mano del poeta de “Andresillo”. Los contemporáneos de éste no le encontraron a su muerte explicación satisfactoria, causación concreta, la imputaron a un asco difuso del mundo y de la vida que habría madurado desde lejanos orígenes. Su situación política – se dice – era sólida, pertenecía a un partido político en ascenso, tenía prestigio en la juventud dorada y ciudadana y, a pesar de su voz quebrada y de su breve estatura, era un orador admirado y aclamado cuyas intervenciones, por ejemplo su oración en el entierro de Carlos María Ramírez (1898), se recordaron más de un cuarto de siglo. En la Cámara de Diputados o la de Senadores, a las que perteneció desde 1901 casi sin interrupciones, era una figura de primera fila, aunque las versiones de la época le señalen más bien como un monologuista que como un parlamentario completo. (Extremadamente irritable en las interrupciones, impaciente en la controversia, lento y a veces torpe en la réplica, su estilo oratorio, más literario que político, era (creo) de esos que exigen una corriente sin rupturas de emoción y de discurso para poder ir creciendo hasta alcanzar su punto justo). Y (volviendo a los rubros de su haber), aunque no tengamos la cifra de sus ediciones, se puede

presumir que su poesía era casi tan leída como “Tabaré” y su “Andresillo” casi tan recitado como “La Leyenda Patria”.

Pero había otros hechos que no se han marcado igualmente. Roxlo representaba, en ese partido en ascenso en que militaba, un tipo humano que cada vez iba teniendo menos circulación, menor audiencia. Vistos los perfiles desde la lejanía, nada emerge entre la figura de Saravia, jefe militar, y Luis Alberto de Herrera, caudillo civil de veinte años después. Sólo a una mirada más cercana pueden emerger algunos contornos de juristas, de administradores, de hombres de Estado: Martín C. Martínez, Alfredo Vázquez Acevedo, Juan Andrés Ramírez. Cuando al Partido Nacional le tocó elegir sus hombres para las candidaturas viables a la Presidencia o para las candidaturas seguras al Consejo Nacional fue a algunos de aquéllos, a Berro, Morales, Lussich o Morelli a los que recurrió. Roxlo no era abogado ni caudillo ni hombre de Estado sino, mal que bien, un político y un intelectual. La ambivalencia del político y del intelectual puede florecer en algunas circunstancias (oligarquías, revoluciones), pero esas circunstancias no son seguramente aquellas en que un Partido se convierte en máquina política bien aceiteada, se hace organización de masas. La identificación del político y del intelectual, muy común en el Uruguay de fin de siglo, iba desapareciendo y soslayando en el otro campo cívico los últimos años postergados de Rodó; no resultan sólo agrupables por el azar el epílogo melancólico de Acevedo Díaz, prácticamente exilado de su patria, el de Javier de Viana, pasando su último trecho en un trabajo periodístico muy mal remunerado y el de Roxlo, pegándose un tiro. Además, en este último, y a diferencia de los otros, la política y la labor intelectual parecían imbricarse en él de manera especialmente incómoda. Roxlo no representa el caso de una estrecha relación de teoría y práctica, de acuerdo a la cual se concibe en un ámbito operacional. Tampoco aquel en que lo espiritual, lo cultural se custodia en un área independiente, hermética, que se atiende en los descansos del quehacer, en los respiros de la lucha. En Roxlo, en cambio, la política, y la más contingente, estaba impostando a menudo la labor intelectual y ésta, casi siempre, le estaba imprimiendo a aquélla un sello a veces candoroso, a veces pedantesco y casi siempre ineficaz. Todo su éxito poético, por otra parte, era difícil que le ocultara a Roxlo el desapego de las nuevas generaciones de creadores hacia sus versos, privándole de una retribución que, aunque cuantitativamente pequeña, no deja de ser siempre para un escritor normal más sabrosa que el aplauso fácil de los despistados. Oscurecido por Zorrilla de San Martín en una dirección y por Herrera y Reissig en la otra, Roxlo representaba – y debía de saberlo – el caso de aquel que nace demasiado tarde para una vigencia indiscutida de sus modos y demasiado pronto para la posible adopción de otros.

Me he referido ya a la contradicción entre su liberalismo confeso y sus más radicales e implícitas tendencias. Pero, en realidad, todo él era un caso de desgarradoras contradicciones ideológicas y temperamentales. Aquel romántico enternecido profesó durante casi toda su vida esa mezcla de filosofía y ciencia

vulgarizada que lanzó la boga del materialismo y el biologismo de principios de siglo como contrarréplica a la reacción espiritualista a que se filió Rodó. En su mente discurría una confusa mixtura de Haeckel y de Taine, de Renan y de Reclus, de Spencer y Le Bon, de Le Dantec y Lombroso, de Kropotkine y de Wundt, de fe en el progreso y de amor al pasado, de tradicionalismo histórico y de animadversión a España, de desprecio y de ditirambo a los Estados Unidos, de socialismo tutelar y de individualismo radical, de espiritualidad y de ateísmo, de antimilitarismo y de nacionalismo.

No hay escritor suicida – y aquí viene de nuevo el ejemplo ilustre de Larra – que no siembre sus obras de pequeños indicios de su proclividad. En “El Libro de las Horas” ya hay anuncios claros. En la Convención de su partido en 1926, habló Roxlo de sus citas de amor con la derrota y en la carta que dejó el día de su muerte se transparenta ese impulso de represalia a los sobrevivientes que casi nunca falta en los suicidas. Decía: Es mi última voluntad 1) Ser velado en casa, 2) Que no se invite para mi entierro. 3) No quiero discursos, ni coronas ni flores, 4) Quiero ser enterrado en un ataúd de pino, en el carro de los pobres y en la fosa común. – 1926. Agregaba para los suyos: Mis libros son para vosotros, esposa e hija. Estoy cansado de la vida. Roosen querrá ocuparse de la pensión.

Precisamente era la primera vez en su vida que escribía corto. Pero ni así se le hizo caso. Se le veló en el Palacio Legislativo. Se le despidió con una docena de discursos. El resto de las disposiciones debieron correr el mismo destino.

(1961)

<sup>1</sup> Sobre la Revolución del 97 se le atribuye el libro “La Revolución Oriental. Causas y efectos” por “Un soldado raso” - Buenos Aires, Imprenta Galileo. Según Hugo Mongrell. “Luis Mongrell” - Vigo 1958, págs. 7 y 126.

<sup>2</sup> Una versión que en algún lado se documenta refiere que en su juventud en Cataluña Roxlo estuvo incluso condenado a muerte por su participación en una conspiración republicana.